

LAS METÁFORAS DE LA CARNE EN EL DISCURSO LITERARIO DE LA GENERACIÓN DE 1837 (O EL ROSISMO COMO TRAUMA DE LA NACIÓN)

MERCEDES BETRIA

Mercedes Betria es investigadora del CONICET y docente de la Universidad Nacional de Rosario.
e-mail: mercedesbetria@yahoo.com.ar

Resumen

Las metáforas de la carne en la literatura de la Generación de 1837 resaltan la incapacidad de dicha generación para comprender al rosismo y el consenso popular a su gobierno.

La literatura es el modo en que intentan abordar el *volkgeist* de la sociedad argentina, sin poder encontrar, sin embargo, el espíritu progresivo de la nación. En su lugar, representan el espíritu del pueblo como carne y no cuerpo de la nación. Finalmente, la literatura es también el modo en que buscan crear una «época de Rosas» que debe servir como elemento para la futura historia nacional.

Summary

In this article we suggest that meat's metaphors in the literary writings of the 1837's Generation, point out the inability of this Argentine cohort to understand Juan Manuel de Rosas and the popular consensus about his government.

Literature is the way that Generation of '37 talks about the «volkgeist» of Argentinean society, being unable to find, however, the progressive spirit of nation. Instead they represented the people's spirit as «meat» not «body» of the nation. Finally, literature is also the way they seek to create a «Rosas's times», which should serve as an element for a future national history.

«...la verdad filosófica, esa triste verdad que descarna la vida social para encontrar en la savia de la existencia los principios de la vida futura, era demasiado severa...»

José Mármol

«...la literatura argentina comenta a través de sus voceros la historia de los sucesivos intentos de una comunidad por convertirse en nación»

David Viñas

INTRODUCCIÓN

Este artículo se inscribe en la relación problemática entre literatura y conocimiento histórico, tal como se presenta en algunos textos literarios de la Generación del 37 sobre el rosismo. Hemos elegido tres textos de diversos géneros que son considerados clásicos de la literatura nacional: *El matadero* de Esteban Echeverría, el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento y *Amalia* de José Mármol.

Queremos analizar, en el discurso entramado por esos tres textos, el modo en que «las metáforas de la carne» denuncian la imposibilidad de constitución de la nación; la violenta aparición del pueblo en el modo «carne» y no «cuerpo» de lo social bajo el régimen político del rosismo en la Confederación Argentina.

Siguiendo los planteos de Hyden White, entendemos que «literario» no es sinónimo ni se reduce a lo ficcional en tanto «mentira», sino que debe entenderse como una narración artística apta para abordar una realidad contemporánea¹. Es

¹ Sobre todo la literatura moderna o «modernista» que tiene la pretensión de «manifestar, expresar o representar la realidad, de invocar e interrogar el mundo real en toda su complejidad y opacidad, lo que la hace entrar en conflicto con los escritores de discurso histórico. Este conflicto es usualmente concebido como una batalla entre el hecho y la ficción o entre la argumentación racional y la presentación imaginativa», en: Hyden White, *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Buenos Aires, Prometeo, 2010, p. 216. Dice White sobre lo literario: «[...] no toda la escritura ficcional es literaria y, más aún, hay una gran cantidad de escritura literaria que no es ficcional. No estoy seguro de que «literario» es el término que quiero usar como el género del cual la escritura ficcional y la escritura no ficcional podrían ser llamadas especies. Bien podría ser que el término poético o poesía sirvan, dado que toda escritura poética, ya sea en verso o en prosa, es no ficcional, lo cual nos permitiría hablar de la escritura histórica y de una gran cantidad de escritura de otras ciencias sociales como artística sin consignarla a la categoría de ficción», Hyden White, *Ficción histórica...*, op. cit, p. 215.

decir que lo literario funciona como un modo particular de conocimiento sobre lo social, sobre todo cuando se trata de abordar el pensamiento de la Generación del 37². En efecto, es una característica de los románticos argentinos el hecho de haber privilegiado un abordaje literario para analizar su realidad contemporánea, por lo que parece necesario otorgar al corpus literario generacional el mismo status de «veracidad» y «cientificidad» que se da usualmente a sus «escritos históricos» y «políticos». Ello nos permitirá, confiamos, comprender su concepción de la historia y, por lo tanto, de la política durante la primera mitad del siglo XIX.

Esta elección no se debe sólo a su admiración por la novela histórica de Walter Scott, Fenimore Cooper o Alejandro Manzoni, por caso, ni a su intención romántica de forjar una «literatura nacional y original»³ sino al hecho de que, a sus ojos, el gobierno prolongado de Juan Manuel de Rosas impedía la construcción de una trama histórica nacional; impedía la formación del Estado nacional y, por lo tanto, de una «historia nacional»⁴ que pudiera ser contada –tramada– con un

² Este artículo es tributario de los planteos de David Viñas acerca de la especificidad de lo literario en tanto inescindible de lo histórico; se ubica en el eco de sus afirmaciones acerca de que «la literatura argentina es la historia de la voluntad nacional» por la que los literatos se convierten en autores «sujetos a la historia», en: David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 4.

³ Como se sabe dicho programa literario fue anunciado por Esteban Echeverría en su Advertencia a *La Cautiva*.

⁴ Sólo recién en la década de 1860 y 1870 se consagrarán a la escritura de una historia académica de la que las obras de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López son paradigmáticas. En *Entre Clio y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata* (Buenos Aires, Teseo, 2008), Fabio Wasserman plantea que una de las paradojas del historicismo romántico fue la imposibilidad de las élites letradas entre 1830 y 1860 de construir una «historia nacional» (p. 100), no sólo por la inexistencia de un orden político estatal nacional consolidado (p. 99) sino, fundamentalmente, por la dificultad de encontrar al sujeto propio de la historia nacional: la nación preexistente; esto se debería a la dificultad de las élites de relatar un pasado, que en gran medida rechazaban, sobre todo, el indígena (p. 98) y porque actuaban políticamente mirando el presente y el futuro e invocando la soberanía de los estados provinciales –el Pacto Federal de 1831– por lo menos hasta la caída de Rosas (p. 93).

Esta tesis toma como punto de partida la cuestión del «principio de las nacionalidades», propia del historicismo, acentuando en el concepto de «historia nacional» el segundo de los términos. De esta forma se enfatiza el modelo del principio de las nacionalidades, con el sujeto nacional preexistente, y el modo en que dicha generación se aleja de él. Así, el autor concluye en señalar la paradoja de una «cultura historicista sin historiografía» (p. 246) y la de «un romanticismo sin historia nacional» (p. 248).

Estos y otros aportes nos resultan muy valiosos, pero aquí buscamos contribuir con otro aspecto al problema del conocimiento histórico para el caso de la Generación de 1837: antes de las décadas de

inicio, un desarrollo y un fin⁵. Como se sabe, la Generación del 37 articuló un discurso anti-rosista como modo de propaganda política frente al gobernador de Buenos Aires⁶. Su trayectoria política estuvo signada por este enfrentamiento –en la década de 1840, sobre todo, en la que se exiliaron de la Confederación Argentina– que constituyó un elemento clave en la construcción de su propia identidad generacional.

Consideramos, entonces, que las metáforas de la carne articulan y construyen un relato de denuncia a la violencia del *terror* rosista⁷ que ha cooptado al «pueblo–sociedad» real y que, asimismo, ha bloqueado la constitución del «pueblo–principio», el pueblo como cuerpo político y simbólico⁸.

1860 y 1870 dicha generación pensó la historia a través de la literatura como un modo de contribuir a la futura «historia nacional», lográndolo con creces, sobre todo en su construcción de una imagen de la época de Rosas. Proponemos, entonces, matizar la mirada sobre la «historiografía» –que reedita el modelo historicista– y abordar la escritura literaria como expresión particular del modo en que el «conocimiento histórico» se desplegó en la generación romántica del 37.

⁵ Como señala White «típicamente, un tratamiento histórico de los eventos consiste en el intento de revelar una secuencia (entramado narrativo) en lugar de lo que parece ser una mera serialidad (la crónica)», en: Hyden White, *Ficción histórica...*, op. cit., p. 97. Para que exista una «narrativa» histórica su «final» debe estar revelado.

La generación del 37 suspende el tratamiento histórico «científico» de Rosas porque su gobierno aún no ha finalizado, lamentablemente para ellos; más aún, como queremos señalar, porque para ellos Rosas impide el desarrollo de la historia nacional.

⁶ En este punto remitimos al artículo de Jorge Myers, «La revolución en las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas», en: Noemí Goldman (dir.), *Revolución, república, confederación, 1806-1852* (Nueva Historia Argentina, t. III), Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 383-443.

⁷ La Generación del 37 construye a través de su literatura una visión sobre el rosismo que será canónica del abordaje liberal clásico sobre el tema. Cabe señalar que su participación política, primero en Buenos Aires en la década de 1830 y desde el exilio, después, están lejos de corresponderse con esta identidad liberal antirrosista tal como lo demuestran los ensayos de Alberdi: *Fragmento Preliminar al estudio del derecho* (1837) y *La República Argentina 37 años después de su Revolución de Mayo* (1847).

⁸ Tomamos estos conceptos de Pierre Rosanvallon *Le peuple introuvable*, Paris, Gallimard, 2002, p. 40. Allí el autor se proponía examinar el problema de la figuración del pueblo como trabajo imposible de las élites francesas que oscilaban, por un lado, entre una apropiación política y positiva del pueblo como sujeto de la soberanía moderna, y la incompreensión de la plebe inculta, por otro. Esta indeterminación semántica «flotement sémantique» sostendría toda una tensión histórica y psicológica para pensar el sufragio universal en Francia. Este mismo problema compartía la Generación del 37, que rechazaba como legado del partido unitario los «excesos revolucionarios» del sufragio activo y ampliado en Buenos Aires en 1821 y del cual Rosas aparecía como un efecto indeseado. Pierre Rosanvallon, *Le peuple introuvable...*, op. cit, p. 25.

Lo que subyace en las metáforas de la carne en que abundan estos textos de la Generación del 37, en tanto modos de representación del rosismo, es la imposibilidad que tiene dicha generación de integrar y explicar al gobierno de Rosas⁹ y al pueblo, que lo ha apoyado mayoritariamente en el plebiscito de 1835, en su relato de la nación; la imposibilidad de representar al «pueblo» como sujeto de la nación, en tanto metáfora integradora de la nación, en suma, de abordar al «pueblo–nación» mientras persista Rosas en el gobierno de Buenos Aires y su hegemonía en el resto de la Confederación¹⁰.

De esta forma, la única manera de representar a Rosas es mediante lo literario que permite sublimar, en forma de farsa y sátira, el trauma en sentido historiográfico¹¹, que significa Rosas¹² para la Generación del 37.

Es que el rosismo ha cooptado el espacio de «lo popular» o relativo al pueblo de un modo que los jóvenes publicistas rechazan. Nuestra tesis es que, a pesar de su voluntad romántica de encontrar un «espíritu del pueblo», en sentido herderiano, que explique el significado de la nación argentina, como fuerza integradora de la comunidad, la Generación del 37 se encuentra con «la carne de lo social»¹³, o mejor

⁹ Rosas es para ellos un dilema. Véase el artículo de Elías Palti, «Rosas como enigma. La génesis de la fórmula *Civilización y Barbarie*», en: *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820- 1890)*, Buenos Aires, EUDEBA, 2005, pp. 71-84.

¹⁰ David Viñas señaló la «fractura» existente en la literatura de la Generación del 37 debido a su enfrentamiento con Rosas y la imposibilidad que tuvieron de sintetizar lo europeo con lo americano. Nosotros llevamos parte de esta tesis al plano histórico–político sin asumir al pie de la letra la voluntad sintética del programa romántico. Para nosotros, Rosas impide un relato nacional «acabado» y la literatura les permite un campo más vasto para sus reflexiones combativas.

¹¹ Según los aportes de White puede utilizarse una concepción historiográfica del trauma –en la cual el propio Freud se habría inspirado– para aludir a una relación especial entre pasado y presente y que White hace participar de la estructura de lo que él denomina «modelo de figura–cumplimiento» por el cual un evento posterior explica, permite ver, una vez ocurrido, un evento anterior. Mientras persista Rosas, su presencia traumatiza la posibilidad de explicarlo, y sólo se logra mediante la farsa.

¹² El cuerpo de la nación está desgarrado, como el cuerpo del legendario Mazeppa, el cosaco ucraniano que fue atado desnudo a un caballo salvaje por ser descubierto en un amor prohibido, y que los románticos como Byron, Víctor Hugo y Liszt han homenajeado en sus obras: «Jugado estaba ya el destino de los pueblos del Plata. *Su vida amarrada al potro* de la tiranía, *nueva Mazeppa*, iba a *desangrarse* por largos años, *rotas las carnes de la libertad*, en las espinas de un bosque de delitos y de desgracias», José Mármol, *Amalia*, Tor, Buenos Aires, 1956, p. 285. El resaltado me pertenece.

¹³ Esta expresión es de Maurice Merleau–Ponty, tomada por Claude Lefort para explicar el modo en que Tocqueville estudió la sociedad. Véase Martín Plot, *La carne de lo social*, Prometeo, Buenos Aires, 2008.

aún, siguiendo sus propios términos, con «las entrañas de nuestra sociedad»¹⁴: un pueblo que no forma un cuerpo político–histórico sino una mera «carne» como desfiguración de lo social.

Desde este punto de vista, la Generación del 37 no logra encontrar un «espíritu del pueblo argentino» que pueda explicar las fuerzas impulsoras del desarrollo presente y futuro de la nación, sino que encuentra la carne social –palpitante, sangrante– imposibilitada, por sus componentes, de convertirse en un cuerpo de nación.

Finalmente, quisiéramos hacer dos aclaraciones conceptuales. La primera es que con «metáforas de la carne» nos referimos a la carne vacuna y a la carne cruda tal como aparece en estos textos y que provee un sinnúmero de referencias «ganaderas» para referirse a un sistema de símbolos «bárbaro» opuesto al sistema de la «civilización»¹⁵. La segunda, y para finalizar esta larga introducción, es que nuestro enfoque no tiene la pretensión de una filosofía del lenguaje sino el de una historia conceptual de lo político en el sentido de Pierre Rosanvallon¹⁶ y de una historia intelectual literariamente informada tal como lo propusiera Hyden White¹⁷.

LA TRAMA DE UNA HISTORIA: LA «ÉPOCA DE ROSAS»

Consideramos que los aportes de Hyden White son muy valiosos para abordar el corpus de obras literarias de la Generación del 37 respecto del rosismo. Sobre

¹⁴ Véase Esteban Echeverría en sus discursos al Salón literario, en: Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1958, p. 172.

¹⁵ Claude Levi Strauss definió lo «crudo» como una categoría empírica factible de proveer conocimiento a una estructura conceptual abstracta que la enmarque. Con las diferencias obvias del caso, creemos que algo de la perspectiva de este autor se jugaba en la propia Generación del 37 en su modo de conocimiento de la realidad. Dice Levi Strauss: «El objeto de este libro es mostrar de qué modo categorías empíricas, tales como las de crudo y cocido, fresco y podrido, mojado y quemado, etc., definibles con precisión por la pura observación etnográfica y adoptando en cada ocasión el punto de vista de una cultura particular, pueden sin embargo servir de herramientas conceptuales para desprender nociones abstractas y encadenarlas en proposiciones», en: Claude Levi Strauss, *Mitologías. Lo crudo y lo cocido*, México, FCE, 1968, p. 11. Por lo demás la perspectiva de este autor respecto a la historia no es ajena a la de White ya que algo de la estructura del mito sobrevive en la historia: «A despecho de esfuerzos tan meritorios como indispensables por ganar acceso a otra condición, una historia lúcida deberá confesar que jamás escapa del todo a la naturaleza del mito», Claude Levi Strauss, *Mitologías...*, op. cit., p. 22.

¹⁶ Pierre Rosanvallon, *Pour une histoire conceptuelle du politique*, Paris, Seuil, 2003.

¹⁷ Hyden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 2010.

todo nos interesa destacar dos: el concepto de «campo histórico»¹⁸ y el análisis por la trama. En efecto, el autor pone de relieve la importancia de los recursos retóricos para analizar los textos y encontrar en ellos «un mundo de experiencia» que es «constituido antes de ser analizado»¹⁹, es decir, que la historia antes de ser puesta en práctica como conocimiento tiene que ser prefigurada como campo posible para ese conocimiento. Precisamente, ésta es la poética, el contenido estructural profundo que funciona como «paradigma precrítico» de la «interpretación histórica»²⁰ y que estructurará casi inconcientemente el modo de relatar dicha historia.

De manera que este enfoque de la «poética» del conocimiento histórico permite preguntarnos por el modo de percepción del campo histórico que tenía la Generación del 37 cuando abordaba el rosismo y su consenso popular a través de las «metáforas de la carne»: ¿implicaba una renuncia a escribir una historia «seria» o era una estrategia argumentativa frente al modo fracturado de percibir el campo histórico que le era contemporáneo?

Si bien Hyden White se refiere a «obras históricas» su enfoque nos resulta pertinente para el caso del discurso literario de la Generación del 37²¹. White revaloriza para el análisis de los textos históricos algunos de los *tropos* de la retórica, tales como la metáfora, la sinécdoque, la metonimia y la ironía²² y el modo en que permiten comprender la trama de los textos anunciándonos algo que está más allá de ellos: «Una manera es preguntar cómo es que puede decirse que el lenguaje figurativo refiere a fenómenos extra-textuales y qué clase de información acerca del mundo nos provee tal lenguaje. Esto es, ¿cuál es el estatus o valor de verdad de las afirmaciones figurativas acerca del mundo real, y qué clase de información nos ofrece un análisis del lenguaje figurativo en el documento histórico?»²³.

Podemos tomar el mismo interrogante para llevarlo a los textos aquí seleccionados. En nuestro caso, nos detendremos en la metáfora y, particularmente, como

¹⁸ Hyden White, *Metahistoria...*, op. cit., p. 23.

¹⁹ Ídem, nota 13, p. 42.

²⁰ Ídem, p. 9.

²¹ Su definición de obras históricas puede aplicarse aquí a los textos seleccionados. Dice White: «una estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo, o imagen, de estructuras y procesos pasados con el fin de *explicar lo que fueron representándolos*», en: Hyden White, *Metahistoria...*, op. cit., p. 14.

²² Ídem, p. 10.

²³ Hyden White, *Ficción histórica...*, op. cit., p. 205.

queda dicho, en las que hemos llamado «metáforas de la carne» para analizar, en este apartado, el modo en que la Generación del 37 pretendió reflejar su realidad «realísticamente» al igual que lo hubieran hecho con una historia «científica» y cómo contribuyeron, por esta vía, a la construcción de una «época de Rosas»²⁴.

En efecto, tanto *El Matadero* (1840), el *Facundo* (1845) y *Amalia* (1844–1851) comparten lo que White denomina «pretensión de realismo»²⁵, elemento típicamente historicista de las obras del siglo XIX según este autor.

La literatura fue un modo privilegiado por los jóvenes del 37 para narrar y describir la realidad político-social que les era contemporánea²⁶ pero, sobre todo, para incidir sobre esa realidad, de la que se sabían sujetos activos. Por esta vía—que tendría años después, en la consolidación del Estado-nación mecanismos institucionales de legitimación de las representaciones construidas—, contribuyeron a inventar²⁷ un tiempo histórico y una imagen peculiar de dicho tiempo: «la época de Rosas». En este sentido esa literatura estuvo destinada, por un lado, a educar políticamente a sus lectores y, por el otro, fue pensada por sus autores como un producto que

²⁴ Juan María Gutiérrez, editor de las Obras Completas de Echeverría, presenta a *El Matadero* que había quedado inédito hasta la década de 1870, como un cuento realista, que debido a su realismo no pudo ser publicado, sin peligro de su autor, en la Buenos Aires rosista. Dice Gutiérrez: «Estas páginas no fueron escritas para darse a la prensa tal cual salieron de la pluma que las trazó, como lo prueban la precipitación y el *desnudo realismo* con que están redactadas», en: Esteban Echeverría, *La Cautiva, El Matadero*, Buenos Aires, abril, 1983, p. 92. Y más adelante: «El poeta no estaba sereno cuando realizaba la buena obra de escribir esta elocuente página del proceso contra la tiranía. Si esta página hubiese caído en mano de Rosas, su autor hubiera desaparecido instantáneamente Su indignación se manifiesta bajo la forma de la ironía», en: Esteban Echeverría, *La Cautiva, El Matadero...*, op. cit., p. 94, el resaltado en ambas citas me pertenece.

²⁵ Hyden White, *Metahistoria...*, op. cit., p. 48.

²⁶ El número de obras que conforman el «corpus literario» de la Generación del 37 y donde se trata de un relato sobre la historia, es muy vasto. Podemos mencionar, entre otros: los poemas de Esteban Echeverría como *El Avellaneda, Insurrección del Sud de la provincia de Buenos Aires*; los artículos de costumbres de Alberdi y otros en la revista *La Moda*, sus obras de teatro como *Gigante de Amapolas* y *La Revolución de Mayo* y las novelas históricas de Vicente Fidel López como *La novia del hereje*, por mencionar los casos más conocidos. Quisiéramos subrayar, como creemos se entenderá de la lectura de este artículo, que lo literario con sus peculiaridades, no es un campo que deba escindirse de «lo histórico» para el caso del pensamiento de la Generación del 37, entre otras cosas, porque el campo académico histórico profesional no estaba conformado en la primera mitad del siglo XIX y nuestros prejuicios disciplinares pueden ocultar, junto a nuestra mirada anacrónica, la riqueza del modo en que los jóvenes románticos abordaron la realidad política a través de su escritura.

²⁷ Eric Hobsbawm y Terence Ranger, *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.

debía ser utilizado como materia prima en el futuro relato de la historia nacional.

El caso de *Amalia* de Mármol es una muestra interesante de este punto, sobre todo porque al ser publicada en 1855 funciona como una bisagra intelectual entre la «época de Rosas» y los nuevos tiempos que necesitan de un canon de lectura para interpretar esa época que él, como exiliado, había protagonizado²⁸.

Amalia es presentada como una «novela romántica real»²⁹ ya que el relato de una historia ficticia –la persecución del rosismo a Eduardo Belgrano y su romance frustrado con Amalia– es la excusa para inscribir su propio testimonio político acerca del modo en que debe ser recordada y estudiada esta época. En efecto, *Amalia* es una novela histórica que contiene, al mismo tiempo, un panfleto³⁰ político que podría extractarse y leerse en forma independiente de la historia ficcional relatada en la novela, y donde, alternativamente, aparece la voz del autor con sus opiniones políticas respecto de los tópicos más caros a su generación: la actitud equivocada de los unitarios; los errores de Lavalle; la frustración que les provocó Francia al pactar con Rosas; la defensa de una alianza de hecho con los franceses que no implicaba traición a la patria por parte de los jóvenes emigrados en Montevideo, su revisión de la Revolución de Mayo como un movimiento que prematuramente instaló la República, los atrasos culturales de una sociedad ligada a las tradiciones españolas³¹, etc.

²⁸ La novela comenzó a escribirse en 1844, se publicó como folletín entre 1851 y 1852 en *La Semana* de Montevideo y luego como libro, después de Caseros, en 1855.

²⁹ En la edición que poseemos, el subtítulo de la obra es «Novela romántica real de la época de Rosas». Cabe aclarar que Mármol define romántico como «una expresión de aquella época, usada para definir todo lo que salía del orden natural de las cosas», en: José Mármol, *Amalia...*, op. cit., p. 225. Por lo tanto, lo romántico aquí hará alusión a la historia de amor, sí, pero sobre todo, y con una sutil ironía, al sistema de Rosas que, para Mármol, subvertía el orden natural de las cosas.

³⁰ En el siglo XIX el panfleto era una hoja suelta o cuadernillo impreso *ad hoc* donde se esgrimía una opinión política sobre un suceso trascendente. Era un modo específico de intervención pública por medio del debate de ideas que proliferó durante las revoluciones de 1830 y 1848 en Francia. Las implicancias peyorativas respecto a «lo panfletario» son posteriores y no hacemos aquí alusión a ellas.

³¹ Mármol aprovecha su novela para enfrentar las opiniones de Alejandro Dumas respecto a la relación de los argentinos con España: «Quedarse fijo en su abuelo y en su bisabuelo y por esa solidaridad de tradiciones paternas darse la mano con la civilización europea, como acaba de pretenderlo no sé qué mal conocedor de nuestra historia europea, que ha escrito no sé qué con el título de Nueva Troya, era cuanto se necesitaba para no ser más de lo que fueron el abuelo y el bisabuelo, en tiempos de Carlos III y de su antecesor. Reproducción que felizmente, la revolución tuvo el buen sentido de no apeteer jamás», en: José Mármol, *Amalia...*, op. cit., p. 214. El resaltado me pertenece.

Asimismo, la efectividad de este testimonio está en el hecho de que, aparentemente, no se impone, sino que Mármol actúa como simple «romancista» que despliega una serie de elementos –descripción de personajes, grandes climas de época y notas al pie de página³²– que hará bien el futuro historiador en utilizar. Pero además, lo hace explícitamente estableciendo su legitimidad como escritor independiente e imparcial de la época vivida. Por ejemplo, respecto a la hermana de Rosas, dice Mármol: «Doña Agustina Rosas de Mansilla fue la mujer más bella de su tiempo; es necesario que escriba la crónica contemporánea, para que algún día lo repita la historia de nuestro país, fiada en la verdad de escritores independientes e imparciales, y de bastante altura de espíritu para descender a animosidades pequeñas por filiaciones de partido o de creencias políticas. Y hemos nombrado la historia porque ésta no podrá prescindir de ocuparse de toda la familia de don Juan Manuel de Rosas, cuyos miembros han figurado, más o menos, en los diversos cuadros y episodios del gran drama de su gobierno»³³. Más adelante, Mármol agrega: «La pluma del romancista no puede entrar en las profundidades filosóficas del historiador; pero hay ciertos rasgos leves y furtivos, con que puede delinear, sin embargo la fisonomía de toda una época; y este pequeño bosquejo de la inmoralidad en que ya se sababa el gobierno de Rosas en el año 1840, fácilmente podrá explicar, lo creemos, los fenómenos sociales y políticos que aparecieron después de esa fecha en lo más dramático y lúgubre de la dictadura»³⁴.

Los ejemplos abundan. El *romancista* deja las cosas en «crudo» para que el futuro historiador las comprenda; toda la «galería» de personajes están dispuestos para este propósito: Encarnación Ezcurra, hermana de Rosas, Manuelita la hija–víctima, Mansilla el general desconfiado, Salomón, presidente de la Sociedad Popular Restauradora, «gordo buey»³⁵, «enorme terrón de carne y barro»³⁶ y, finalmente,

³² El pie de página como recurso científico de autoridad fue utilizado en muchas ocasiones por la Generación del 37 para fortalecer el «realismo» y el contenido histórico de sus textos literarios. Véase especialmente el *Avellaneda e Insurrección del Sud* de Echeverría.

En el caso de Mármol, además de insertar en ellos documentos «auténticos» (p. 207), aprovecha allí para instalarse frente a sus lectores como protagonista de la época anterior a Caseros, recogiendo la tradición sarmientina de inscripción –a la letra– de su antirrosismo. Véase José Mármol, *Amalia...*, op.cit., nota al pie, p. 176.

³³ José Mármol *Amalia...*, op. cit., p. 100.

³⁴ Ídem, p. 148.

³⁵ Ídem, p. 71.

³⁶ *Ibíd.*

Rosas «héroe popular»³⁷ «hijo predilecto de las casualidades, que debió su poder y su fortuna a las aberraciones de sus contrarios»³⁸.

De esta manera, Mármol inaugura una división de tareas, la del novelista y la del historiador, al mismo tiempo que –y aquí reside la eficacia de su estrategia de escritura– desliza para ellos una tarea conjunta de continuidad.

CARNE Y VIOLENCIA

Las metáforas de la carne otorgan al relato antirrosista la eficacia de la imagen porque se nutren de un suelo real, el sistema económico ganadero que predominaba en las provincias, y porque constituye un mundo cultural conocido para el lector rioplatense.

Juan Manuel de Rosas era un estanciero dedicado a la ganadería y sus estancias contaban en la época con el prestigio de una de las mejores administraciones³⁹, por lo que la carne vacuna remitía directamente a su persona y proveía la eficacia de la analogía para condenarlo. Para la Generación del 37 se volvió un recurso muy efectivo el utilizar los «saberes ganaderos» como modo de achacar la violencia de

³⁷ Ídem, p. 250.

³⁸ Ídem, p. 24. Rosas es el héroe de la casualidad, no hay nada extraordinario en este personaje, al contrario, veamos: «...Rosas se sentó a la orilla de una cama, que era la suya, y con las manos se sacó las botas, poniendo en el suelo *sus pies sin medias*, tales como habían estado entre aquéllas; se agachó [...] volvió a sentarse, y después de *acariciar con sus manos sus pies desnudos*, se calzó los zapatos. *Metió luego la mano, por entre la pretina de los calzones, y levantando una finísima cota de malla que le cubría el cuerpo hasta el vientre, llevó la mano hasta el costado izquierdo, y se entretuvo en rascarse esa parte del pecho, por cuatro o cinco minutos a lo menos; sintiendo con ello un verdadero placer esa organización en que predominan admirablemente todos los *instintos animales**», en: José Mármol, *Amalia...*, op. cit., p. 31. El resaltado me pertenece.

³⁹ La imagen sarmientina del patrón que gobierna en la ciudad como en sus estancias tuvo un éxito intelectual rotundo que llega hasta nuestros días, sobre todo, de la mano de la historiografía llamada «liberal». Para nuevos enfoques sobre los aspectos económicos y políticos del rosismo pueden consultarse: Jorge Myers, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Quilmes, UNQ, 1995; Jorge Gelman, *Rosas, estanciero. Gobierno y expansión ganadera*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2005; Noemí Goldman y Ricardo Salvatore, *Caudillismos rioplatenses: nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba, 2005; Marcela Ternavasio, *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; Gabriel Di Meglio, *¡Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempos de Rosas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

Rosas y sus seguidores: la mazorca y los miembros de la Sociedad Popular Restauradora eran «carniceros» que «degollaban» a sus enemigos con el «cuchillo».

Pero, además, el uso de estas metáforas como ordenadoras de un relato sobre Rosas y lo popular tenía un sustento en algunos lugares comunes de la cosmovisión romántica presentes ya en Johann Gottfried Herder, a quien conocieron a través de algunas traducciones francesas. Para Herder, uno de los fundadores del enfoque historicista de la filosofía de la historia, era importante conocer lo que comían los pueblos para entender la historia de los modos de vida de la humanidad⁴⁰. Así, los pueblos que comen carne son más salvajes⁴¹, una verdad que Herder no discute ni explica y que será un canon de lectura para la Generación del 37 que toma este argumento, no sin jugar un poco irónicamente con él. Así, esta concepción ordenará todas las referencias y argumentos en torno al «carácter bilioso» de la sociedad argentina, su carácter apasionado y sanguinario, en suma, violento.

Por otro lado, las metáforas de la carne realizan el programa intelectual generacional de «conocer las entrañas de la sociedad» en el plano de la literatura, tramando una lengua de las imágenes que permite decir lo sensible sin abstracciones y, por lo tanto, apta para comunicarse con un pueblo inculto. Sin mediaciones entre «la cosa» y la impresión que la cosa provoca al autor, las metáforas de la carne se vuelven, al mismo tiempo, una metáfora de la «violencia» al dejar las cosas expuestas, sin relato, y otorgar al lector «la cruda realidad».

Pero además hay una razón epistemológica que explica esta elección: es hacia lo que está *oculto* que debe dirigirse el conocimiento, por lo que debemos distinguir el «cuerpo» de la «carne»⁴² en tanto conceptos. En efecto, el cuerpo, en la filosofía de Herder —y por extensión, para la cosmovisión romántica del mundo— es lo visible que puede funcionar como una máquina⁴³ mientras que la carne está oculta y no se puede asir desde afuera: la carne sangra, palpita y hay que *abrir* el cuerpo para conocerla.

⁴⁰ Johann Gottfried Herder, *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité*, Paris, Levrault, 1827, p. 77. Además señala que los pueblos que se alimentan de sangre sufren menos desarrollo del pensamiento y que las instituciones generan el horror de comer carne cruda de animal. Johann Gottfried Herder, *Idées sur la philosophie...*, op. cit., p. 268, 269.

⁴¹ Johann Gottfried Herder, *Idées sur la philosophie...*, op. cit., p. 78.

⁴² En la introducción a su interesante texto, Mariano Plot maneja ambos conceptos como intercambiables. Creemos que para los lenguajes políticos del siglo XIX argentino es importante distinguirlos ya que el iluminismo y el romanticismo concebirán de muy distinto modo dichos conceptos.

⁴³ Es el cuerpo tal como lo entiende la Ilustración.

Esta concepción sobre «la carne de lo social» retomando el concepto de Merleau-Ponty, nos remite, al mismo tiempo, a la visión genética de lo social⁴⁴ que está en la base de la epistemología herderiana, y, por este largo rodeo, en la de la Generación del 37, en el modo en que propusieron un nuevo conocimiento de lo social. La imagen literaria de Herder es ilustrativa: «La semilla cae en la tierra y desaparece; *el embrión se forma en lo oculto*, como tal vez no lo aprobaría a priori la lente del filósofo, y la planta surge totalmente formada»⁴⁵.

El origen, la causa de los fenómenos sociales, está oculto, no puede verse con la lente ilustrada del filósofo sino que en la oscuridad, por decirlo así, hay que aprender a conocer mediante la fe más que con la demostración cartesiana —el análisis y separación de las cosas «claras y distintas». En última instancia el conocimiento de las cosas tiene algo de enigmático, es «lo maravilloso y lo hermético»⁴⁶. Retomando estas concepciones a través del eclecticismo de Víctor Cousin⁴⁷, lo social, la historia, para la Generación del 37, debía conocerse a través del análisis psicológico e histórico de los factores internos, racionales e irracionales de la sociedad.

El propio José Mármol, en la cita que nos sirve de epígrafe, enuncia la función, llamémosle «carnicera» de la filosofía⁴⁸: «... la verdad filosófica, esa triste verdad que *descarna la vida social* para encontrar en la savia de la existencia los principios de la vida futura [...]»⁴⁹. Sólo que en esta praxis filosófica descubrieron una «savia», los componentes peculiares del pueblo argentino, que no les agradaba o que no pudieron exorcizar intelectualmente, ni representar políticamente.

⁴⁴ Elías Palti, *La nación como problema. Los historiadores y la «cuestión nacional»*, Buenos Aires, FCE, 2006.

⁴⁵ Johann Gottfried Herder, *Filosofía de la historia para la educación de la humanidad*, Buenos Aires, Nova, 1950, p. 26.

⁴⁶ *Ibíd.*

⁴⁷ Hemos trabajado este punto en Mercedes Betría, «Ouvrir Alberdi: une nouvelle conception du droit pour penser la politique», en: *Corpus, revue de philosophie*, N° 60, 2011, Universidad Paris Ouest-Nanterre La Défense, pp. 49-74.

Sobre la filosofía de Víctor Cousin, véase Patrice Vermeren, *Victor Cousin. El juego político entre la filosofía y el Estado*, Rosario, Homo Sapiens, 2009.

⁴⁸ «Filosofía» para la Generación del 37 es todo conocimiento racional que descubre las causas de los fenómenos sociales; todo conocimiento sobre lo social que incluye, como polos de un *continuum*, al hombre y a la humanidad.

⁴⁹ José Mármol *Amalia...*, op. cit., p. 140. El resaltado me pertenece.

El pueblo es «carne» porque con él no se puede crear una sociabilidad. Tanto Sarmiento como Mármol, comparan la barbarización⁵⁰ de las ciudades, en el primer caso, y la moral del pueblo de Buenos Aires, en el segundo, como elementos inaptos de una sociabilidad degradada. Si para Sarmiento ello conducía a la barbarie y al desierto, para Mármol ésta era la causa que explicaba el «terror» de Rosas.

Llegados a este punto, hagamos un recorrido por las metáforas de la carne en los textos antes mencionados.

EL MATADERO: «CAMPO DE HORRIBLE CARNICERÍA»⁵¹

El matadero es el relato ficcional de varias matanzas que ocurren en el matadero de la Convalecencia en las barrancas del Alto en Buenos Aires. Echeverría se coloca como narrador testigo que desde lo alto —el tan romántico vuelo de pájaro— observa varias escenas paralelas o sucedáneas. Son las escenas de tres asesinatos: la de un toro, un niño y un joven «unitario».

El objetivo es construir una analogía del terror político en la Buenos Aires de Juan Manuel de Rosas con el lugar donde se matan las reses; al mismo tiempo que se acusa al gobierno de asesino se critica, con un marcado elitismo, las bases populares que con su ignorancia y ferocidad sustentan su gobierno.

En efecto las tres escenas centrales sirven para describir la «violencia infernal» en que se encuentra la «nación» desde que Rosas está en el poder. Fiel al romanticismo, Echeverría «pinta» asesinatos bien «argentinos»: el toro es «enlazado» y «degollado» con cuchillo (las reses se matan desangrándolas por la garganta); el niño que observa la «corrida de toro» muere también degollado por el lazo del «carnicero»; ambas cabezas yacen, ignoradas y anónimas, sobre charcos de sangre asquerosos.

En cuanto a la conocida escena con la que termina el cuento, ésta representa el encuentro de dos mundos opuestos —metodología que canonizará Sarmiento en *Facundo*— la civilización y la barbarie.

El «unitario» joven culto e ilustrado pasa casualmente por allí y se ve cercado por la canalla que lo lleva a la casilla del matadero donde imparte justicia el «juez

⁵⁰ Domingo F. Sarmiento, *Facundo...*, op. cit., p. 68.

⁵¹ Esteban Echeverría, *El matadero...*, op. cit., p. 106.

del matadero»: «personaje importante –dice Echeverría– caudillo de los carniceros y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república, por delegación del Restaurador»⁵².

La «canalla» busca burlarse de él por ser «cajetilla» y montar en «silla inglesa»: le cortan su «barba en u» y lo ponen sobre una mesa boca abajo en un simulacro de violación con el «palo» y la «mazorca»; el digno unitario «muere de rabia» bufando por la nariz.

Este fin inesperado cierra la historia y Echeverría, con afán pedagógico, clarifica la intencionalidad de la metáfora política: «En aquel tiempo los carniceros degolladores del matadero, eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la federación Rosina»⁵³, y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas» y concluye: «el foco de la federación estaba en el matadero»⁵⁴.

Pero el clima en que se desarrolla el argumento no es el del drama o la tragedia, sino el de la ironía y la sátira. El cuento combina, como argumentos implícitos, el banquete, el espectáculo y la fiesta: *El Matadero* no es la descripción global y ordenada de un ritual, sino la muestra del desorden popular en un espacio urbano, inmundo y soez. Además, las matanzas ocurren de manera no planificada, las víctimas concretas no están marcadas de antemano y caen en las «garras» de sus sicarios «de casualidad».

El desorden, la confusión popular. Las mismas sensaciones transmiten las descripciones del «pueblo» y lo popular en Mármol, donde la «turba urbana» se destaca por su «grita espantosa»⁵⁵ en las calles o en las antesalas de la casa de Rosas: «Estaban allí, reunidos y mezclados, el negro y el mulato, el indio y el blanco, la clase abyecta y la clase media, el pícaro y el bueno, revueltos también entre pasiones, hábitos, preocupaciones y esperanzas diferentes»⁵⁶.

Volviendo a Echeverría, su historia se ubica durante «Cuaresma», época en que la Iglesia prohíbe comer carne; a este mal se agrega la carestía de la carne debido a las copiosas lluvias que han inundado la ciudad y que impiden el trabajo de los abastecedores.

⁵² Ídem, p. 104.

⁵³ También Mármol va a llamar a los rosistas, «rosines». Creemos que es, también, una alusión irónica a Rocinante, el caballo de don Quijote de la Mancha.

⁵⁴ Esteban Echeverría, *El matadero*, op. cit., p. 119.

⁵⁵ José Mármol, *Amalia...*, op. cit., p. 98.

⁵⁶ Ídem, p. 144.

Así, la carne –cruda– aparece como símbolo de lo prohibido y pecaminoso y el diluvio como castigo divino. Pero la carne también es el alimento típico de los argentinos por lo que, irónicamente, recuerda Echeverría: «Algunos médicos opinaron que si la carencia de carne continuaba, medio pueblo caería en síncope por estar los estómagos acostumbrados a su *corroborante* jugo [...]»⁵⁷.

Remarcación típicamente romántica, el alimento que un pueblo ingiere influye en su carácter. Y la carne hará a los argentinos –lo veremos nuevamente en *Facundo*– biliosos, de carácter destemplado, coléricos e irritables. Y en un espacio que es el del silencio de la ley, en el matadero, esas cóleras surgen sin canalización alguna.

El autor cuenta, entonces, que Rosas hace «degollar» cincuenta novillos gordos para alimentar a los habitantes de la ciudad que, a causa de la falta de hábito se encuentran «en estado de flatulencia intestinal» «producido por el pescado y los porotos y otros alimentos algo indigestos»⁵⁸.

Pero no hay reparto ordenado; dice Echeverría: «El espectáculo que ofrecía entonces era animado y pintoresco, aunque reunía todo lo horriblemente feo, inmundo y deforme de una pequeña clase proletaria peculiar del Río de la Plata»⁵⁹. Alrededor de estas reses degolladas aparecen «figuras humanas de tez y raza distinta»⁶⁰, carniceros de «brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto» y rostro «embadurnado de sangre», «enjambres» de negras y mulatas «cuya fealdad trasuntaba las arpías de la fábula»⁶¹ que, buscan quedarse con las «achuras» –la parte más despreciable, las vísceras de la res– como si fueran «los caranchos de presa». Mientras tanto, otros personajes roban el sebo o los cuartos y la mejor parte, «el matambre», es entregada como premio a Matasiete, héroe que atrapa al toro.

EL FACUNDO: DESIERTO Y CARNE EN LA ESTANCIA DE GANADOS

El epígrafe que encabeza el texto sintetiza la tesis central de Sarmiento, la nación como producto inacabado de la lucha entre la civilización y la barbarie, y que

⁵⁷ Esteban Echeverría, *El Matadero*, op. cit., p. 100. El subrayado es nuestro. Según el diccionario de la Real Academia Española, la voz *corroborar* está en desuso y significa «vivificar y dar mayores fuerzas al débil, desmayado o enflaquecido».

⁵⁸ Ídem, p. 101.

⁵⁹ Ídem, p. 103.

⁶⁰ Ídem, p. 105.

⁶¹ *Ibíd.*

nosotros proponemos entender como el choque de dos lenguajes o sistemas de símbolos: *On ne tue point les idées*, que Sarmiento traduce como «a los hombres se degüella; a las ideas no».

En esta traición de la traducción está el gesto romántico de Sarmiento que *agrega* un nuevo significado a la palabra general de «matar», porque matar en la Confederación Argentina será, como para Echeverría, «degollar» y hay que recordar que la «degolladura» es una actividad específica de la industria ganadera: la matanza del ganado en el matadero.

Este es un ensayo⁶² que engaña por su título. Aparentemente es una biografía de un caudillo popular de la Rioja, pero ésta es sólo la excusa para tratar de comprender por qué la República Argentina⁶³ no se ha dado, hacia 1845, una organización política definitiva.

La razón que recorre todo el texto es que el desierto impide una sociabilidad civilizada y genera caracteres como el de Juan Manuel de Rosas, déspota y tirano de la Nación, según lo califica Sarmiento: «Facundo no ha muerto; está vivo en las tradiciones populares, en la política y revoluciones argentinas; en Rosas, su heredero, su complemento: su alma ha pasado a este otro molde, más acabado, más perfecto; y lo que en él era sólo instinto, iniciación, tendencia, convirtiéndose en Rosas en sistema, efecto y fin. La naturaleza campestre, colonial y bárbara, cambióse en esta metamorfosis en arte, en sistema y en política regular capaz de presentarse a la faz del mundo, como el modo de ser de un pueblo encarnado en un hombre, que ha aspirado a tomar los aires de un genio que domina los acontecimientos, los hombres y las cosas. Facundo, provinciano, bárbaro, valiente audaz, fue reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él; por Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión, y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo»⁶⁴.

Por el rodeo de una biografía se intenta desentrañar —el verbo no es casual— las causas sociales de una historia: por qué una ciudad como Buenos Aires y, por analogía, la Confederación Argentina han «caído» en la tiranía.

⁶² Para ser más precisos, pero no exhaustivos, creemos que la primera parte es ensayística y la segunda responde más a los rasgos de un relato biográfico novelado.

⁶³ Sarmiento hace una construcción anacrónica de la existencia de una «República Argentina» pero al mismo tiempo contribuye a su existencia siendo, esta estrategia discursiva, parte del relato generacional de construcción de una entidad superadora de las divisiones provinciales.

⁶⁴ Domingo F. Sarmiento, *Facundo...*, op. cit., pp. 15, 16.

No podemos detenernos en un análisis de todos los capítulos del texto, lo que nos interesa señalar es el modo en que la metáfora del desierto funciona como explicación última de los males de la República y cómo se articula como *locus* de las «metáforas de la carne» y, en definitiva, como crítica a Rosas.

Sarmiento diseña una topografía entre real y ficticia que pone a este país en el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata donde «aún se derrama sangre por denominarla República Argentina o Confederación Argentina»⁶⁵. Compuesto de catorce provincias que están separadas por la «campana» y el «desierto»⁶⁶ que es el terreno llano, vacío, no cultivado, que rodea a la República Argentina. Más precisamente, es el confín de un territorio que acecha a las ciudades capitales de provincias que son los únicos focos de civilización.

Así como América del Norte tuvo a Alexis de Tocqueville, América del Sur necesita de Sarmiento para ser relatada y explicada. De hecho, este libro puede leerse como la contra cara paródica de *La democracia en América* y también, por qué no, como su complemento⁶⁷.

Si en Estados Unidos Tocqueville observó la capacidad asociativa de los norteamericanos como motor de la democracia, Sarmiento la explica, en el Sur, a partir de su incapacidad de asociarse. En efecto, para Sarmiento, el Sur, y específicamente la República Argentina es, a diferencia del Norte, el lugar de la barbarie, de la falta de sociabilidad o, en todo caso, el lugar de una sociabilidad bárbara que, originada en el desierto, acecha a las ciudades en la figura de Rosas.

Lo que impide la asociación en el desierto argentino son las distancias y la falta de población pero, fundamentalmente, el pastoreo de ganado como actividad económica central, y la inexistencia de tierras cultivadas con la agricultura.

Sarmiento busca dar con un concepto que defina esta original asociación en la «disociación»⁶⁸; busca algún hilo explicativo en cuatro modelos: la tribu noma-

⁶⁵ Ídem, p. 22.

⁶⁶ En Sarmiento el desierto es el borde geográfico de la frontera con el indio, en la campana, continuación de las ciudades, hay habitantes.

⁶⁷ Es Sarmiento quien indica que América del Sur necesita un Tocqueville que la estudie. Por lo demás, Sarmiento era un asiduo lector del francés. Aquí nos referimos al primer tomo de *La democracia en América*, publicado en 1835. Sobre este punto remitimos a Paul Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento. Educar y escribir opinando (1839-1852)*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1988.

⁶⁸ Domingo F. Sarmiento, *Facundo...*, op. cit., p. 59.

de; la familia feudal; la antigua *sloboda eslavona* y la tribu salvaje de la pampa⁶⁹; señala que algo de cada una de ellas existe en las formas primitivas de asociación del desierto: la montonera «asociación bélica» y la estancia, lugar donde se cría y engorda el ganado.

Es alrededor de «la carne» que se organiza todo un sistema de símbolos con los que Sarmiento describe la barbarie en contraposición a la civilización o, lo que es lo mismo, el avance del desierto inculto sobre las ciudades.

La biografía política de Facundo Quiroga, caudillo de los llanos de La Rioja y jefe de las montoneras, le permite ir desplegando estas metáforas que intentan «explicar» el avance del desierto sobre las ciudades que se están convirtiendo en «campo» y «estancia»⁷⁰.

El hombre de campo propietario de ganado –tanto Facundo como Rosas– no trabaja porque el ganado hace su propio trabajo con sólo estar en los pastos y esto impide el desarrollo de la capacidad industrial necesaria para el progreso⁷¹. Pero, más importante aún, esta actividad define un carácter nacional⁷². La arrogancia de los argentinos o la valentía de los soldados encuentra su explicación en el campo: en su temprana cercanía con la crueldad y la sangre en la matanza de las reses o en el enlazamiento del toro.

El argentino, por ejemplo, en tanto que americano, no utiliza el sable europeo sino el cuchillo que es la herramienta del campo: «El gaucho anda armado del cuchillo que ha heredado de los españoles [...] es un instrumento que le sirve para todas sus ocupaciones: no puede vivir sin él; es como la trompa del elefante, su brazo, su mano, su dedo, su todo»⁷³.

Así, es bien clara la contraposición de dos sistemas de signos en la explicación de Sarmiento⁷⁴: el hombre de campo rechaza con desdén el «frac», la «levita», la

⁶⁹ Ídem, pp. 32, 33.

⁷⁰ Ídem, p. 72.

⁷¹ Sarmiento exagera, ya que en las afueras de las ciudades existen saladeros y mataderos que son verdaderas industrias para la época.

⁷² «La clasificación que hace a mi objeto, es la que resulta de los medios de vivir del pueblo de las campañas, que es lo que influye en su carácter y espíritu», Domingo F. Sarmiento, *Facundo...*, op. cit., p. 30.

⁷³ Ídem, pp. 55, 56.

⁷⁴ Él mismo dice que la civilización se expresa en sus trajes y que éstos demuestran todo un «sistema de ideas», ídem, p. 120.

capa, la «silla» de montar inglesa⁷⁵, la incapacidad del argentino de las ciudades de montar caballos y menos de enlazar toros o de matar tigres. Hablando del gaucho dice: «es preciso ver estas caras cerradas de barba, estos semblantes graves y serios, como los de los árabes asiáticos, para juzgar de compasivo desdén que les inspira la vista del hombre sedentario de las ciudades, que puede haber leído muchos libros, pero que *no sabe aterrar un toro bravo y darle muerte*; que no sabrá proveerse de caballo a campo abierto, a pie y sin el auxilio de nadie; *que nunca ha parado un tigre, y recibílo con el puñal en una mano y el poncho envuelto en la otra, para meterle en la boca, mientras le traspasa el corazón y lo deja tendido a sus pies*»⁷⁶.

La vida pastoril, además, lo remite a las llanuras asiáticas, a lo que Herder denominó las etapas primitivas de los pueblos⁷⁷. Allí el hombre argentino se habitúa a una vida insegura y a la «muerte violenta»⁷⁸, vive a la intemperie y sufre las inclemencias del tiempo. Dice Sarmiento: «La vida de los campos argentinos, tal como la he mostrado, no es un accidente vulgar: es un orden de cosas, un sistema de asociación característico, normal, único, a mi juicio, en el mundo, y él sólo basta para explicar toda nuestra revolución»⁷⁹.

⁷⁵ «[...] ningún signo europeo puede presentarse impunemente en la campaña» dice Sarmiento y agrega recordándonos la escena del unitario en el matadero: «Todo lo que hay de civilizado en la ciudad, está bloqueado allí, proscrito afuera, y el que osara mostrarse con levita, por ejemplo, y montado en silla inglesa, atraería sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos», ídem, p. 31.

⁷⁶ Ídem, p. 36. El resaltado me pertenece.

⁷⁷ El modelo de escritura de esta historia es, el nunca mencionado ni citado, Herder. No sólo por el «determinismo geográfico» con que comienza el libro para situar la «escena» y el «teatro» de los acontecimientos que tendrán lugar sino, fundamentalmente, porque como la de Herder, ésta también es una historia hecha sobre las ruinas. En efecto, si el movimiento de la mirada del primero es como un «paneo» sobre la caída de los Imperios y la destrucción y desaparición de sucesivos pueblos, en Sarmiento también se construye una «historia sobre las ruinas»: las de las ciudades de provincia barbarizadas por el desierto. Lo que queremos remarcar es que el modelo herderiano es adaptado a la realidad peculiar nacional: la biografía a la que Quinet –traductor al francés de Herder– calificaba de «forma degradada e incompleta» (en: Johann Gottfried Herder, *Idées sur la philosophie...*, op. cit., p. 9) es aquí el dispositivo adecuado para rastrear las causas del poder de Rosas, el «déspota» que ha absorbido todos los poderes en su personalidad. La ironía sarmientina reside en el golpe bajo que implica escribir una biografía que alude a Rosas por el rodeo de Quiroga, debilitando así el poder del primero a mero efecto y consecuencia.

⁷⁸ Domingo F. Sarmiento, *Facundo...*, op. cit., p. 23.

⁷⁹ Ídem, p. 59. En otra parte le llama «asociación de estancias» (p. 54) casi como un oxímoron ya que hay, según Sarmiento, más de cuatro leguas entre cada una de ellas.

Así como en Herder cada nación tiene su propia vida, Sarmiento despliega dos fases, territorial y cultural, de la nación: la ciudad y el campo: el problema es que ambas tienen su propia vida, que en el esquema sarmientino son contradictorias⁸⁰. La historia que se relata es la de la lucha entre dos sistemas incompatibles de signos, donde, al parecer, ha ganado el segundo en la persona de Rosas que gobierna la ciudad.

Pero esa contradicción se puede resolver, según espera Sarmiento, a favor de la fuerza vital prevaleciente: «Buenos Aires puede volver a ser lo que fue, porque la civilización europea es tan fuerte allí que a despecho de las brutalidades del gobierno, se ha de sostener»⁸¹.

Lo europeo aparece como la metáfora opuesta a «la carne»; es el mundo civilizado de la cultura y de las ideas; el espíritu de las ciudades que pervive a pesar de Rosas: «En las ciudades había libros, ideas, espíritu municipal, juzgados, derechos, leyes, educación: todos los puntos de contacto y mancomunidad que tenemos con los europeos [...]»⁸².

La fuerza dominante en el desierto es, por el contrario, «el exceso de vida»⁸³, las pasiones sin la contención de un orden público porque, el núcleo pastoril, al perpetuar el desierto, lo hace imposible.

Lo interesante es que estas metáforas prefiguran la metáfora política central y que será canónica en la lectura liberal sobre Rosas: la del gobierno de la estancia de ganados. La cita es extensa pero vale la pena transcribirla aquí a modo de corolario explicativo: «¿Dónde, pues, ha estudiado este hombre el plan de innovaciones que introduce en *su gobierno*, en desprecio del sentido común, de la tradición, de la conciencia y de la práctica, inmemorial de los pueblos civilizados? Dios me perdone si me equivoco, pero esta idea me domina hace tiempo: en la *Estancia de ganados* en que ha pasado toda su vida, y en la *Inquisición*, en cuya tradición ha sido educado. Las fiestas de las parroquias son una imitación de la *hierra* del ganado, a que acuden todos los vecinos; la *cinta colorada* que clava a cada hombre, mujer o niño, es la *marca* con que el propietario reconoce su ganado; el degüello, a

⁸⁰ Esto hace que su relato, en el fondo, deje al lector con una sensación de encerrona trágica de la historia argentina.

⁸¹ Ídem, p. 73.

⁸² Ídem, p. 61.

⁸³ Íbid.

cuchillo, erigido en medio de ejecución pública, viene de la costumbre de *degollar* las reses que tiene todo hombre en la campaña; la prisión sucesiva de centeneras de ciudadanos, sin motivo conocido y por años enteros, es el rodeo con que se dociliza el ganado, encerrándolo diariamente en el corral; los azotes por las calles, la mazorca, las matanzas ordenadas, son otros tantos medios de *domar a la ciudad*, dejarla al fin, como el ganado más manso y ordenado que se conoce»⁸⁴.

De manera que este sistema es denunciado en el personaje Facundo. Facundo es el «tigre cebado» es decir sediento de sangre humana, es el «hombre bestia»⁸⁵ con instintos de «destrucción y carnicería»⁸⁶, como lo muestra la escena totémica⁸⁷ introductoria del personaje. Ésta es importante porque ejemplifica la fusión de la animalidad con lo humano en el desierto sarmientino⁸⁸: aquella donde se relata que Facundo, escapando de un tigre cebado se sube a un árbol y espera varias horas allí hasta cansarlo; luego, cuando un grupo de gauchos se acerca y logran enlazar al tigre, Facundo aprovecha para matarlo con su cuchillo.

Por esto la filosofía popular lo nombró «tigre de los llanos»: el hombre mata al animal; el tigre se encarna en Facundo, y, más tarde, éste —¿por la vía de otro asesinato?⁸⁹— se encarna en Rosas⁹⁰.

⁸⁴ Ídem, p. 215. Resaltado en el original.

⁸⁵ Ídem, p. 84

⁸⁶ Ídem, pp. 78, 79.

⁸⁷ Blas Matamoro, «La (re) generación del 37», en: *Punto de Vista*, año IX, N° 28, noviembre 1986, pp. 41 a 43.

⁸⁸ Expresada en la conjunción del título «civilización y barbarie».

⁸⁹ Sarmiento difunde la versión de que fue Rosas quien mandó a matar a Facundo en Barraca Yaco en 1835.

⁹⁰ La animalidad se lleva en la propia sangre, dice Mármol: «Entre el hombre y el animal existe esa simpatía íntima, esa relación común que tiene su origen en la circulación de la sangre. El gaucho pierde la una y la otra por la habitud de verter sangre, que viene a convertirse en él, de ocupación en necesidad, y de necesidad en diversión», en: José Mármol, *Amalia*..., op. cit., p. 212.

EL PUEBLO INASIBLE

«Pero, ¿cómo ha existido?
¿Cómo se ha sostenido contra el torrente de la voluntad de todos?
He ahí la cuestión; he ahí el estudio filosófico de ese gobierno».
José Mármol (Amalia, p. 148)

El *volksgeist* que busca la Generación del 37 en las «entrañas de la sociedad» se vuelve, entonces, una fuerza que quiebra la comunidad nacional impidiendo su constitución y el resultado es que se alejan de ese sujeto «el pueblo» al que, sin embargo, buscaron interpelar.

Amalia es, tal vez, el relato más efectivo en la construcción del antirosismo a la vez que el ejemplo más claro de la imposibilidad de explicar ese mundo popular que apoyó al rosismo.

Allí, Mármol brinda una «teoría del gobierno» de Rosas, «época que alguna vez se llamará del terror...»⁹¹ sustentada en la composición cultural y moral del pueblo⁹², que por sus raíces españolas, por un lado, y la presencia de negros africanos, por el otro, es inepto para la sociabilidad⁹³.

El rosismo era «[...] un orden de cosas constituido más bien por la educación social del pueblo argentino, que por los esfuerzos del dictador»⁹⁴, reflexionaba Mármol.

Esta caracterización del pueblo argentino era compartida por los otros miembros de la Generación del 37 pero, en Mármol, adquiere un carácter elitista más acentuado. No sólo porque rechaza a la «multitud oscura y prostituida»⁹⁵ sino porque ésta ocupa un lugar indebido en el espacio público como resultado de una inversión de las jerarquías sociales.

⁹¹ Según le hace decir a su personaje, Daniel Bello, en conferencia con los unitarios en Montevideo. Ídem, p. 134.

⁹² En boca de Eduardo Belgrano, uno de los protagonistas, critica el «espíritu de indolencia orgánica de raza» del pueblo argentino. Ídem, p. 109.

⁹³ «Uno de los fenómenos sociales más dignos de estudiarse en la época del terror, es el que ofreció la raza africana, conservada apenas en su sangre originaria, y modificada notablemente por el idioma, el clima y los hábitos americanos. Raza africana por el color. Plebe de Buenos Aires por todo lo demás». Ídem, p. 272.

⁹⁴ Ídem, p. 66.

⁹⁵ Ídem, p. 35.

Así el rosismo era catalogado como: «un sistema de cosas que había subvertido el orden natural de la sociedad, y alzado el barro de su fondo a la superficie, donde se sostenían innatos (sic) el crimen y la degradación de la especie humana»⁹⁶. Dice al respecto Mármol: «Entre las muchas preciosidades que ofrece a la crítica el sistema de don Juan Manuel de Rosas, o más bien, su época, *es la laboriosa ficción* de todos cuantos representan un papel en el inmenso escenario de la política. *Cada personaje era un actor teatral: rey a los ojos de los espectadores, y pobre diablo ante la realidad* de las cosas»⁹⁷.

De manera que el rosismo invertía las cosas, era una comedia. Pero una comedia que duró 17 años, por lo que esta explicación no alcanzaba; por eso tanto Mármol, como Echeverría y Sarmiento se ven desgarrados, en su escritura, entre la sátira y la tragedia para poder entender el apoyo popular al rosismo.

Si el diagnóstico era que éste «...no es otra cosa que una consecuencia de causas muy anteriores a Rosas, *encarnadas* en la sociedad en que hemos nacido, y a las cuales no prestaron atención nuestros primeros médicos políticos»⁹⁸ el problema se encontraba en la sociedad.

Así, apelarían sin éxito a una filosofía «esa triste verdad que *descarna* la vida social»⁹⁹ sin terminar de encontrar «la savia de la existencia los principios de la vida futura»¹⁰⁰.

Mas adelante, el trasplante de la inmigración será propuesta como una solución a ese pueblo inasible, incomprensible e irrepresentable pero, paradójicamente se volverá una solución que acentuará la fractura social, tanto como que descarnar esa «carne» de lo social resultaría una utopía conservadora.

⁹⁶ Ídem, p. 271.

⁹⁷ Ídem, p. 198. El resaltado me pertenece.

⁹⁸ Ídem, p. 138. El resaltado me pertenece.

⁹⁹ Ídem, p. 140. El resaltado me pertenece.

¹⁰⁰ Ídem.

A MODO DE CONCLUSIÓN: ROSAS COMO SÁTIRA DE LA HISTORIA

«Pero, parece increíble: este mismo trastorno de lo natural,
esa misma vulgaridad e ignorancia de Rosas,
servían para la fanática plebe de su partido,
y muchos también que no eran plebe,
dijesen y creyesen que todo aquello que veían y los sorprendía
era efecto del «genio» del Restaurador,
que se escapaba a la penetración de los demás».

José Mármol (Amalia, p. 260)

A pesar de los diversos géneros a los que pertenecen los textos aquí analizados, el cuento, la novela y el ensayo, las metáforas de la carne presentes en ellos permiten un relato común sobre el rosismo que, deliberadamente, suspende el tratamiento histórico «serio» para dar cuenta de éste en el modo de la sátira¹⁰¹. El rosismo y el apoyo del pueblo a su sistema fue analizado como una farsa, una caricatura, una «ilusión de óptica» para utilizar otra metáfora que los divertía. Rosas no podía ser relatado más que con una mueca aguda¹⁰² —una carcajada de resignación— porque, en el fondo, era el espejo de una realidad que describieron literariamente como «desfigurada». Con Rosas las cosas estaban «fuera de lugar» y, tras su denuncia política, alcanzaron a percibir la banalidad de un «mal» que habían creído terrible. Es por esto que Echeverría concluye que el matadero era un espectáculo grotesco donde el unitario muere porque a los carniceros se les va la mano, mientras que Sarmiento, por su parte, invoca irónicamente la sombra de Facundo para que explique el enigma argentino porque es él quien vive, diez años después de su

¹⁰¹ White expresa que la sátira es «el modo de ficción de la ironía» «es la contraparte estética de una concepción específicamente escéptica del conocimiento y sus posibilidades», en: *Metahistoria...*, op. cit., p. 38. En suma «[...] el advenimiento del modo de representación satírica señala la convicción de que el mundo ha envejecido. Como la filosofía misma, la sátira «pinta de gris lo gris» en la conciencia de su propia inadecuación como imagen de la realidad. Por lo tanto prepara a la conciencia para el rechazo de toda conceptualización sofisticada del mundo y anticipa el regreso a una aprehensión mítica del mundo y sus procesos». Ídem, p. 21.

¹⁰² En los románticos la mueca visibiliza y amplifica sentimientos internos de las personas, un poco como en las «cabezas de carácter» del escultor Franz Xaver Messerschmidt.

muerte, en Rosas¹⁰³. Es decir, desde la mirada sarmientina, no había nada nuevo en este sistema de gobierno y el absurdo radicaba en que no había enigma: Rosas gobernaba como en sus estancias. Dice Sarmiento: «Si esta explicación parece *monstruosa y absurda*, denme otra; muéstrenme la razón por qué coinciden de un modo tan espantoso su manejo de una estancia, sus prácticas y administración, con el gobierno, prácticas y administración de Rosas»¹⁰⁴.

De esta forma, para Sarmiento, Rosas se parece a Rosas; Rosas es sólo Rosas y la historia no debía darle trascendencia política sino como simple tirano de una provincia. Era la conclusión a la que también había llegado José Mármol: «Y allá en los futuros tiempos, cuando el pensador argentino separe la hiedra que cubre la tumba de los primeros años de la patria, para encontrar las inscripciones sangrientas de sucesos y generaciones que rodaron en la tormenta de su juventud y busque frío y tranquilo, la *ingenua filosofía de nuestra historia*, no se pasmará, por cierto, de nuestra larga y pesada tiranía, *expresión franca y candorosa del estado social en que nos encontró la revolución; pero sí bajará su frente, avergonzado de que la alta figura que haya de dibujarse en el gran cuadro de ese episodio lúgubre de nuestra vida, sea la figura de Juan Manuel de Rosas. Porque lo más sensible para la historia argentina no será, por cierto, tener que referir la existencia de un tirano, sino que el tirano fuese Rosas. Rosas fue un tirano ignorante y vulgar. A ningún fin político iban sus pasos. Ninguna alta idea formaba el centro de sus acciones. Y tras su vida política no debía quedar sino un recuerdo repugnante*»¹⁰⁵.

Esta decisión, cabe decirlo, consumaba el gesto final de una derrota intelectual para pensar a Rosas como acontecimiento político de la historia nacional.

¹⁰³ En Sarmiento es mucho más clara la necesidad de comprender a Rosas como parte de un modo de ser nacional. Sin embargo, la estructura satírica del *Facundo* demuestra aún esta tensión frente a un fenómeno incomprensible. Sarmiento había invocado la necesidad de hacer un estudio sistemático sobre Rosas que no alcanzó a concretar.

¹⁰⁴ Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, op. cit., p. 15.

¹⁰⁵ Ídem, pp. 285, 286. El resaltado me pertenece.

Bibliografía

- AREA, LELIA (2006): *Una biblioteca para leer la nación. Lecturas de la figura Juan Manuel de Rosas*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- D'ANGELO, PAOLO (1999): *La estética del romanticismo*, Madrid, Visor.
- DI MEGLIO, Gabriel (2007): *¡Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempos de Rosas*, Buenos Aires, Sudamericana.
- ECHEVERRÍA, ESTEBAN (1983): *La Cautiva/ El Mata-dero*, Buenos Aires, Abril.
- GELMAN, JORGE (2005): *Rosas, estanciero. Gobierno y expansión ganadera*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- GOLDMAN, NOEMÍ (dir.) (1998): *Revolución, República, Confederación, (1806-1852* (Nueva Historia Argentina, t. III), Buenos Aires, Sudamericana.
- GOLDMAN, NOEMÍ, SALVATORE, RICARDO (2005): *Caudillismos rioplatenses: nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba.
- HERDER, JOHANN GOTTFRIED (1950): *Filosofía de la historia para la educación de la humanidad*, Buenos Aires, Nova (1º edición 1774).
- HERDER, JOHANN GOTTFRIED (1827): *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité*, Paris, Levrault (1º edición 1784).
- HOBBSBAWM, ERIC Y RANGER, TERENCE (eds.) (2002): *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica.
- LEVI STRAUSS, CLAUDE (1968): *Mitologías. Lo crudo y lo cocido*, México, FCE.
- MÁRMOL, JOSÉ (1956): *Amalia*, Buenos Aires, Ed. Tor, 319 pp.
- MATAMORO, BLAS (1986): «La (Re) generación del 37», en: Revista *Punto de Vista*, año IX, N° 28, pp. 41 a 43.
- MYERS, JORGE (1995): *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Quilmes, UNQ.
- MYERS, JORGE (2005): *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, EUDEBA.
- PALTI, ELÍAS (2006): *La nación como problema. Los historiadores y la «cuestión nacional»*, Buenos Aires, FCE.
- PALTI, ELÍAS (2009): *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Eudeba.
- RICARDO, PIGLIA (1993): «Echeverría y el lugar de la ficción», en: *La Argentina en pedazos*, Buenos Aires, La Urraca.
- PLOT, MARTÍN (2008): *La carne de lo social*, Buenos Aires, Prometeo.
- PRIETO, ADOLFO (1959): *Proyecciones del rosismo en la literatura argentina*, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.
- ROSANVALLON, PIERRE (2003): *Pour une histoire conceptuelle du politique*, Paris, Seuil.
- ROSANVALLON, PIERRE (2002): *Le peuple introuvable*, Paris, Gallimard.
- SARMIENTO, DOMINGO F. (1992): *Facundo Quiroga o Civilización y Barbarie*, Buenos Aires, CEAL (1º edición 1992).
- SKINNER, QUENTIN (2007): *Lenguaje, Política e historia*, Quilmes, UNQ.
- TERÁN, OSCAR (2007): *Para leer el Facundo*, Buenos Aires, Capital intelectual.
- TERNAVASIO, MARCELA (2007): *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- VERDEVOYE, PAUL (1988): *Domingo Faustino Sar-*

miento. Educar y escribir opinando (1839-1852), Buenos Aires, Plus Ultra.

VIÑAS, DAVID (1964): *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Sudamericana.

WASSERMAN, FABIO (2008): *Entre Clío y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo.

WEINBERG, FÉLIX (1958): *El Salón Literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette.

WHITE, HYDEN (2010): *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE (1ª edición 1973).

WHITE, HYDEN (2010): *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Buenos Aires, Prometeo.

Registro bibliográfico

BETRIA, MERCEDES

«Las metáforas de la carne en el discurso literario de la Generación de 1837 (o el rosismo como trauma de la nación)», en: ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral, año XXIII, N° 44, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre, 2013, pp. 45-72.

Descriptorios · Describers

Generación de 1837 / metáforas de la carne / literatura / historia / nación / Rosas
Generation of 1837 / meat's metaphors / literature / history / nation / Rosas